

UAI-UFLO-UCU
CIAU 1
I CONGRESO DE INVESTIGACION EN ARQUITECTURA&URBANISMO
19-20 de Noviembre de 2025

Auspicio de Universidad Atlántida / Universidad Católica de Santa Fé / Universidad
San Pablo de Tucuman / Universidad de Mendoza / Universidad Privada de Santa
Cruz de la Sierra-Bolivia

**HACIA LA CONCEPTUALIZACION DE LA IDIOSINCRASIA COMUNITARIA EN
AREAS DE BORDE URBANO**

Nicolás Groppa¹

Palabras Claves: Idiosincrasia, borde urbano, identidad, territorialidad, planificación

Resumen

El presente trabajo propone exponer resultados parciales del proyecto de investigación *Expulsión idiosincrática en contextos de planificación asimétrica del suelo: gentrificación, mercantilización urbana y desplazamientos identitarios entre 1980 y 2020 en el barrio de Núñez*, relacionados con la construcción teórica del término idiosincrasia en contextos urbanos de borde.

La ponencia explora el modo en que la idiosincrasia urbana influye en la lectura y comprensión empírica del paisaje, proporcionando perspectivas, filtros y resaltadores de símbolos e imágenes individuales y colectivas, mediante los cuales el usuario categoriza el espacio, genera mapas mentales y conforma una realidad subjetiva del paisaje urbano, pasando a construir identidades colectivas sobre el espacio público. Para esto, se realizará una exploración teórica sobre autores paradigmáticos en el área de la idiosincrasia comunitaria desde la psicología, la sociología, la antropología y el urbanismo, cuyo legado forma parte del consenso académico, así como textos contemporáneos que conforman la discusión actual en la temática.

A partir de ello, se categorizarán distintas tipologías de idiosincrasia urbana según el modo y medio en que se expresan las prácticas idiosincráticas sobre el espacio urbano, así como criterios para identificarlas en el territorio.

Estos resultados se ejemplificarán y se pondrán en crisis frente al caso de estudio del nodo del borde norte de la Ciudad de Buenos Aires, en el cual se identifican prácticas idiosincráticas presentes y en transición, y el modo en que se las reconoce, se las practica y se las pone en riesgo.

Finalmente, y a modo de conclusión, se presenta una propuesta de definición de idiosincrasia urbana, con el propósito de abrir discusiones y debate con los miembros de la comunidad presentes en la ponencia.

Introducción

Desde la modernidad, el término idiosincrasia comenzó a hacerse presente en jergas académicas desde diversas disciplinas relacionadas con las ciencias sociales, tales como psicología, antropología, urbanismo, entre otras, desarrollando conceptos alrededor de la cuestión identitaria, tanto individual como colectiva, pero desde un sinfín de definiciones, en muchos casos contrapuestas tanto entre disciplinas como

¹ Investigador Instituto Superior de Urbanismo, Territorio y Ambiente, FADU UBA.

entre autores intradisciplinarios, dejando en evidencia la falta de consenso en los límites de la misma.

Desde la psicología, comenzaron a acercarse al término al considerar que cada ser posee un modo único de existir, resultado de la interacción entre factores conscientes e inconscientes, colectivos e individuales, biográficos y arquetípicos (Jung, 1959; Freud, 1923).

En este sentido, Erikson ve a la idiosincrasia como la combinación individual de rasgos que definen la identidad de una persona, incluidos valores, creencias y comportamientos. A lo largo de la vida, cada persona irá enfrentando tensiones que ponen en juego la construcción de su personalidad. Según el autor, la manera en que cada individuo resuelve esas tensiones depende de su contexto, sus experiencias tempranas y recursos internos (Erikson, 1968), transformándose en un proceso vital mediante el cual el individuo se construye como una totalidad psíquica diferenciada, lo que Jung llama *individuación* (Jung, 1959).

Esta individualización implica reconocer diversos aspectos de la personalidad individual, el sí mismo, y tiene como resultado la conformación de una identidad y personalidad auténtica (Jung, 1959). De este modo, la identidad es tanto el punto de partida (las disposiciones singulares que cada uno hereda y adquiere) como el punto de llegada (la forma en la que se logra integrar estos elementos con un proyecto vital coherente) (Bourdieu, 1991)

Jung entiende la idiosincrasia como la configuración única de la psique individual, resultado del entrelazamiento entre lo personal y lo colectivo, lo consciente y lo inconsciente, lo biográfico y lo arquetípico, y que constituye el núcleo de la personalidad y la base de la autenticidad (Jung, 1959). La singularidad distingue al individuo del resto de la sociedad, aun cuando comparten otros aspectos comunes.

Esta visión individual puede llevarse a lo colectivo, donde la idiosincrasia se manifiesta en patrones culturales y de comportamiento espaciales propios de una comunidad (Hester, 2006), expresándose en el conjunto de características sociales, culturales y psicológicas propias de quienes habitan la ciudad (Wirth, 1938). Las ciudades y las sociedades urbanas producen rasgos distintivos que las caracterizan frente a otras (Castells, 1996), donde la idiosincrasia aparece como resultado de la relación entre estructuras económicas, dinámicas de poder y formas de identidad colectiva (Gramsci, 1971)

De esta forma, aunque todas las ciudades comparten problemáticas globales, cada una elabora imaginarios propios que definen su particularidad (Silva Téllez, 1992). Diversas sociedades pueden vivir situaciones similares, pero cada una las integrará de forma diferente, produciendo idiosincrasias únicas (Freud, 1923).

Una vez consolidada, la idiosincrasia retroalimenta este modo de interactuar con el contexto, generando un foco y un filtro que ayudan a ver con detalle elementos que se valorizan como más importantes, pero también invisibilizando lo que queda externo (Bourdieu, 1991). Funciona como herramienta para visibilizar e invisibilizar la realidad, y para aproximarse a ella a través de los sentidos. Cada una de estas configuraciones simbólicas hace de marco de reconocimiento colectivo, que dota a la ciudad de un carácter propio frente a otras (Silva Téllez, 1992). La manera particular en que cada una logra (o no) equilibrar estas fuerzas define su idiosincrasia (Freud, 1923).

Silva plantea que las ciudades no se reducen a sus edificios, infraestructuras o planos reguladores. Lo que realmente les otorga identidad y, por extensión, idiosincrasia, son las percepciones, emociones, recuerdos y narrativas de sus habitantes.

Así, Silva Téllez sitúa la idiosincrasia como la construcción colectiva de significados que hace que cada ciudad tenga un rostro propio. La idiosincrasia urbana se conforma

en la medida en que múltiples individuos coinciden en ciertas imágenes o sentidos que definen a su ciudad (Silva Téllez, 1992). Estos imaginarios no son homogéneos ni permanentes, sino cambiantes y, a menudo, conflictivos: diferentes grupos sociales disputan qué rasgos representan mejor a la ciudad.

Para Castells, estas disputas toman especial preponderancia frente a procesos de globalización: los grupos sociales desarrollan formas de identidad que se anclan en lugares concretos. Esa identidad territorializada dota de idiosincrasia compartida, que distingue a una comunidad de otras (Castells, 1996), incluso cuando sus elementos identitarios se encuentran amenazados por estas tensiones.

La ciudad global tiende a uniformar el espacio urbano (sassen, 1991; Havery, 2012). Sin embargo, lejos de anular las diferencias, este proceso genera reacciones locales que reafirman la singularidad cultural de cada lugar. La idiosincrasia urbana, en este sentido, surge como una forma de identidad que se fortalece en la tensión entre lo global y lo local, entre la lógica de las redes y la lógica de los lugares (Silva Téllez, 1992).

Castells diferencia entre identidades de legitimación, de resistencia y de proyecto: las instituciones que imponen normas y valores; los grupos que se resisten a la dominación y preservan tradiciones locales; y los movimientos que buscan transformar la sociedad, respectivamente. Cada uno de estos niveles imprime huellas en el espacio urbano, configurando una idiosincrasia compleja y en constante disputa (Castells, 1996). Reconocer la idiosincrasia comunitaria permite construir lugares que fortalezcan la identidad local, la cohesión social y la sostenibilidad cultural (Hester, 2006).

Otra cosmovisión es la de Lévi-Strauss, quien entiende que la idiosincrasia de un grupo no es simplemente un conjunto de costumbres, sino la totalidad de un sistema simbólico que ordena la vida social (Lévi-Strauss, 1962). Según él, cada sociedad desarrolla un modo singular de organizar la vida simbólica, material y social, lo que constituye su “firma” o carácter propio. Esta idiosincrasia comunitaria se manifiesta en mitos, rituales, sistemas de parentesco, modos de producción y relaciones con la naturaleza.

La idiosincrasia, en este sentido, no es un mero inventario de costumbres, sino la lógica interna que las articula. Lévi-Strauss sostiene que comprender esa lógica permite entender cómo una sociedad se percibe a sí misma y cómo establece su relación con el mundo exterior.

La idiosincrasia comunitaria, en este marco, es el tejido invisible que da sentido a la vida social en el espacio, y su carencia en el contexto urbano conduce a diseños impersonales (Hester, 2006).

Idiosincrasia como modo de acción

Las configuraciones simbólicas funcionan como un marco de reconocimiento colectivo, que dota a la ciudad de un carácter propio frente a otras (Silva Téllez, 1992). Wirth (1938) analiza la ciudad como un fenómeno social que moldea actitudes, comportamientos y relaciones, los modos de ser, interactuar y percibir la ciudad propios de quienes la habitan. Según Hester (2006), la idiosincrasia puede usarse para referirse a los patrones culturales y de comportamiento espaciales propios de una comunidad (Hester, 2006). Lo que distingue a cada individuo no es solo el carácter consciente, sino sobre todo la manera en que su inconsciente procesa deseos, conflictos y recuerdos reprimidos (Freud, 1923), lo cual propone observar cómo la gente usa y valora los espacios: qué lugares se consideran significativos,

cómo circulan los habitantes, dónde se producen encuentros, qué elementos generan identidad (Hester, 2006).

Para Hester, entender la idiosincrasia de una comunidad implica observar cómo interactúan sus miembros con su entorno físico. En este sentido, la participación ciudadana es clave para identificar y preservar esa idiosincrasia. El urbanista, entonces, actúa como mediador que traduce esos valores en decisiones de diseño (Hester, 2006).

Así, cada ciudad es el resultado de una interacción entre fuerzas económicas, políticas, culturales y simbólicas. La idiosincrasia se manifiesta entonces en la forma en que esas fuerzas se entrelazan y dejan huellas en el espacio construido. Se puede, así, pensar la idiosincrasia más allá de lo individual o psicológico, como un fenómeno colectivo, producido en la relación entre sociedad y espacio (Lefebvre, 1974).

Cabe aquí diferenciar aquellas prácticas que conforman una identidad urbana de aquellas que generan idiosincrasia, siendo las primeras prácticas distintivas de una comunidad que conforman el patrimonio cultural inmaterial, interiorizadas de manera genuina o impuesta, y que pueden o no ser practicadas en la cotidianidad por aquellos individuos que se identifican con ella. Estas prácticas y expresiones culturales son acciones que pueden ser aprendidas por individuos externos a la sociedad que les dio el significado que llevó a convertirlo en un monumento de un punto geográfico particular. Del mismo modo, aquellos individuos que forman parte de la sociedad que se identifica con esta expresión cultural pueden aprender e implementar en su cotidianidad expresiones exóticas, evitando realizar las costumbres autóctonas que conforman su patrimonio inmaterial.

Sin embargo, existen también usos y costumbres ligados a un territorio que no se encuentran dentro de lo que solemos llamar elementos patrimoniales, pero que refieren a rasgos, temperamentos, modos cotidianos de interactuar en una sociedad particular, la cual no puede reducirse a una práctica, evento o performance específica, sino que pasan a formar parte de la idiosincrasia de un pueblo. Esta diferencia entre patrimonio inmaterial e idiosincrasia pasa a tomar una importancia fundamental a partir de los constantes cambios que sufre cada una de las comunidades producto de los procesos de globalización y colonialismo cultural (Rebollo, 2012; Castells, 1996), en los cuales expresiones culturales que formaron parte de la tradición de un pueblo pasan a peligrar frente a cambios acelerados en las preferencias culturales de la población.

Eventos tales como la llegada de música de la industria discográfica a pueblos del interior argentino que se enorgullecían de mantener las estrofas criollas dentro de su música más popular. Sin embargo, esa nueva música continúa escuchándose en peñas, en reuniones entre amigos en las que reina el fernet en fondo de botella de gaseosa que inicia a las dos de la mañana y se extiende hasta el amanecer. De este modo, el patrimonio inmaterial se ve en peligro frente a la globalización, pero la idiosincrasia la supera. Más aún, la idiosincrasia pasará a tener un rol fundamental en la interpretación local de los elementos que llegan con estos procesos de globalización.

Si bien el cambio cultural y patrimonial puede ocurrir de forma rápida, un cambio de idiosincrasia ocurre de manera extendida en el tiempo (González-Piñero, 2021). Esto se debe, principalmente, a que el patrimonio está ligado a costumbres y elementos particulares mantenidos en el imaginario colectivo, mientras que la idiosincrasia no está relacionada a elementos particulares, sino que son los modos de vivir lo local y lo no local por parte de la población (Pérez Ruiz, 2003). La idiosincrasia no cambia

con la llegada de elementos externos, porque no está atada ni a elementos, ni a costumbres, ni a actividades específicas que puedan ser reemplazadas.

Podría hablarse del patrimonio inmaterial como algo más duro, que genera contraste, con elementos fuertemente reconocibles e identificables, que pueden separarse de aquellos que no forman parte de una cultura particular. Mientras que la idiosincrasia sería un elemento más blando, sin una delimitación exacta, que puede no aplicarse a todos sus elementos en cada uno de sus individuos y que sufrirá cambios de manera lenta, usualmente en el transcurso de varias generaciones.

La idiosincrasia son las prácticas identitarias y únicas de varios individuos dentro de una sociedad. Por más que un individuo se vaya de esta sociedad, mantendrá y se llevará esta idiosincrasia colectiva. El patrimonio, en cambio, es la manifestación de la identidad colectiva y necesita un imaginario colectivo para subsistir, mientras que la idiosincrasia necesita a individuos.

Idiosincrasia comunitaria: definición y alcances

Como venimos viendo, la idiosincrasia ha sido comprendida tradicionalmente como el conjunto de características y rasgos distintivos de individuos o grupos de individuos que abarca modos de percibir, sentir y actuar.

Sin embargo, cuando pensamos en la idiosincrasia colectiva, esta configuración identitaria se desplaza de su estado individual al de prácticas compartidas. De esta forma, la idiosincrasia comunitaria puede describirse como el entramado de hábitos, representaciones, significados y modos de percibir la realidad que, a lo largo del tiempo, producen una forma común y dan singularidad a un entorno social determinado. Lejos de ser un elemento estático, se trata de una construcción social y simbólica que se transforma junto a la comunidad que lo sostiene.

La vida social se sostiene en la existencia de hechos sociales: maneras de actuar, pensar y sentir que son exteriores al individuo y ejercen sobre él una fuerza coercitiva (Durkheim, 1912). Estos hechos, según Durkheim, componen la conciencia colectiva, el sistema de valores y representaciones que otorga cohesión a la sociedad y define sus límites simbólicos.

De esta forma, la idiosincrasia se estaría manifestando en las prácticas resultantes de esta conciencia colectiva como una expresión concreta de las normas y creencias que organizan la vida comunitaria, donde la solidaridad que existe entre los miembros de la comunidad se apoya en esta base de significados compartidos (Durkheim, 1912).

Bourdieu retoma y complejiza esta línea de pensamiento al proponer una visión más dinámica de la relación entre estructura y acción. Su concepto de *habitus* (Bourdieu, 1979) designa el conjunto de disposiciones socialmente incorporadas que orientan la percepción, el pensamiento y el comportamiento de los individuos.

A diferencia de Durkheim, que enfatiza la exterioridad de las normas, Bourdieu muestra cómo las estructuras sociales son interiorizadas y se reproducen a partir de las prácticas cotidianas. El *habitus*, producto de una historia social, permite llevar a cabo acciones coherentes con la estructura que le dio origen, pero también permite cierto margen de innovación (Bourdieu, 1979). Así, la idiosincrasia se presenta como la expresión colectiva del *habitus* compartido, un modo de ser y hacer que traduce las experiencias e historia colectiva de la comunidad.

La lectura entre Durkheim y Bourdieu permite interpretar la idiosincrasia comunitaria como un proceso social complejo de co-determinación de las estructuras colectivas y las prácticas de los individuos. Desde la perspectiva de Durkheim, la idiosincrasia se presenta en la cristalización de una conciencia colectiva que da sentido y cohesión al

grupo, mientras que, desde la perspectiva de Bourdieu, la idiosincrasia da lugar a la práctica de conciencia colectiva a través del *habitus*, que se cristaliza en prácticas corporales y en la percepción y la acción cotidiana. La confluencia de ambos enfoques permite, pues, pensar la idiosincrasia comunitaria en términos de una forma de memoria activa: un sistema de sentidos y acciones que se transmite, se reinterpreta y se renueva perpetuamente en el hacer colectivo.

Esta interpretación entiende que las características culturales de una comunidad no tienen una transmisión inalterable, sino que son una consecuencia de una dinámica articulada que tiene en cuenta la interacción entre normas, valores, experiencias y cambios sociales.

Comprender la idiosincrasia comunitaria implica, por tanto, tomar en consideración la perspectiva simbiótica entre cultura y práctica. No es exactamente un repertorio fijo de costumbres, sino un proceso en el que las comunidades interpretan, adaptan y resignifican sus propias formas de vida.

Esta perspectiva relacional permite pensar la idiosincrasia no como esencia, sino como práctica viva, entendiéndola como un proceso que se renueva a partir del encuentro con otros y frente a los desafíos de su época. Por la naturaleza de su carácter histórico y del proceso, la idiosincrasia comunitaria se convierte en un instrumento de análisis capital para captar cómo las comunidades preservan su peculiaridad, en un mundo cada vez más conectado.

Categorías analíticas de la idiosincrasia comunitaria

La noción de idiosincrasia comunitaria puede ser analizada en múltiples categorías que permiten la reflexión sobre el modo en que las prácticas comunitarias conforman modos de ser, habitar y significar el mundo. Al considerarla un rasgo natural y pertinente de la vida de la comunidad, estas características permiten entender la idiosincrasia comunitaria como una construcción inseparable de una historicidad y de un determinado lugar, que responde a determinados elementos de su contexto, generando diferentes tipologías según su categoría de análisis:

Idiosincrasia simbólica

La dimensión simbólica hace referencia al conjunto de valores, sentidos, imaginarios, mitos y relatos que otorgan coherencia y significado a la vida comunitaria. Es en ella donde residen las representaciones colectivas que, desde la perspectiva de Durkheim, hacen posible la cohesión social; eso que, en el seno de un grupo, se considera lo correcto, legítimo o deseable (Durkheim, 1912). Esta dimensión simbólica actúa como un lenguaje compartido que hace de entrada entre la experiencia singular y la memoria colectiva, configurando horizontes de pertenencia y reconocimiento entre el texto de la comunidad y la experiencia del individuo.

El conjunto de las expresiones culturales, como fiestas, rituales, creencias, relatos de acontecimientos históricos o tradiciones locales, recoge y actualiza esa matriz simbólica, que puede observarse, en el espacio urbano, en la toponimia, las prácticas conmemorativas y las formas de ornamentación popular que hacen cada comunidad diferente. La idiosincrasia simbólica, por esta razón, no solo remite a lo que una comunidad dice de sí misma, sino al proceso de seleccionar lo que elige recordar, celebrar o promover como parte de su propia identidad.

Idiosincrasia práctica

La dimensión práctica refiere a los hábitos, rutinas y modos de hacer que le imprimen sentido a la vida cotidiana. Desde la perspectiva de Bourdieu, ella puede ser

entendida como la cristalización de un *habitus* colectivo. Las prácticas cotidianas, desde la organización del trabajo hasta los gestos de sociabilidad, son una muestra de cómo la historia social se materializa y se actualiza en cada situación (Bourdieu, 1991).

Dichas prácticas no son simplemente funcionales, sino que, al mismo tiempo, son el modo de expresar los valores, las prioridades e incluso las jerarquías de cada comunidad. Tanto el modo de resolver un conflicto, la forma de preparar un alimento o de mantener la limpieza del espacio público son tres ejemplos de cómo la idiosincrasia se hace presente en lo micro. La repetición cotidiana de estas últimas genera la sensación de familiaridad y de pertenencia, haciendo de la práctica el vehículo de la continuidad cultural y social.

Idiosincrasia espacial

La idiosincrasia se presenta también en el espacio; las comunidades construyen y habitan su espacio a partir de lógicas propias que son el soporte de su historia y sus maneras de relación social. La representación del territorio, la morfología del barrio, las jerarquías entre los espacios públicos y privados o los usos del espacio colectivo son modos concretos de entender la vida juntos. En este sentido, el territorio no se entiende solo como soporte físico, sino como una construcción social que permite inscribir las prácticas y los imaginarios (Lefebvre, 1974; Harvey, 1989).

Las prácticas de apropiación del espacio son las huellas materiales de la idiosincrasia: la disposición de las ventanas, los colores de las fachadas, los elementos ornamentales y los entramados de encuentro vecinal configuran un paisaje identitario. A través de estas materialidades se representa y se da sentido a la comunidad. La dimensión espacial nos permite, por tanto, visualizar la idiosincrasia y su relación con el urbanismo, pues da cuenta de que prácticas y significados específicos, que a menudo producen formas urbanas particulares, resisten a los procesos de homogeneización global y a la inyección de cultura externa, apoyada en las prácticas del contexto urbano local.

Idiosincrasia relacional

La presente dimensión se fundamenta en las prácticas de la interacción social específica de la comunidad (modos de cooperación, de conflicto, de solidaridad o de participación).

La idiosincrasia relacional está conformada por las conexiones de la vida colectiva, por aquellas que permiten definir a quién pertenece, que particularizan la forma en que se organiza la ayuda mutua y la manera en la que se regulan las tensiones internas. La red de relaciones es el sustrato comunicante por el que se configura la identidad compartida.

En contextos urbanos son formas de vecindad, relaciones informales asociativas y economías colaborativas. La confianza, la regeneración recíproca y el reconocimiento mutuo son elementos que permiten sostener la cohesión a pesar de las contingencias externas. La idiosincrasia relacional, por lo tanto, no se manifiesta solamente a través de la forma contractual de las prácticas simbólicas, sino que se expresa en la capacidad de sostener relaciones, en los lenguajes de la afectividad y en la forma de organización social de la comunidad.

Idiosincrasia productiva

Por último, la dimensión productiva remite a las diferentes formas por las cuales una comunidad produce, distribuye y valora los recursos materiales y simbólicos que

garantizan su reproducción. Comprende las formas de trabajo y los oficios tradicionales, las economías familiares, así como las estrategias locales de sostenibilidad. Cada modo de producción lleva aparejado un tipo de relación con el medio y con los otros, y va conformando una ética del esfuerzo, la cooperación y el intercambio particular.

La idiosincrasia del modo de producción puede verificarse en la persistencia de ciertas prácticas laborales, en la defensa de saberes técnicos o artesanales, pero también en la forma en que la comunidad modela nuevas condiciones económicas sin perder su coherencia interna. En muchos casos, la dimensión productiva se articula con la simbólica y la espacial, en tanto que las prácticas productivas modelan el territorio, pero también las representaciones identitarias de las personas que habitan en él.

Tomar en consideración esta dimensión permite entender de qué manera las comunidades sostienen su modo de continuidad a través del tiempo, o cómo pueden transformar los desafíos externos en oportunidades de reafirmación cultural.

Reflexiones finales

Lejos de constituir un todo constitutivo, la idiosincrasia comunitaria está en constante proceso de transformación. Los procesos sociales, culturales, económicos y tecnológicos alteran las condiciones de vida y, por consiguiente, las prácticas que sostienen lo común. Cada transformación estructural da lugar a un reacomodamiento de los valores, las representaciones y los hábitos colectivos, provocando el reajuste de las formas de pertenencia. Así, la idiosincrasia nos remite a un carácter objetivo en cuanto a lo dinámico, ya que no es entendida como una herencia fija, sin cambios históricos, sino como un sistema de prácticas que se encuentra en permanente negociación con el entorno.

En el mundo contemporáneo, la globalización y las dinámicas aceleradas de circulación de información, bienes y personas producen procesos que tensionan las particularidades comunitarias; la homogeneización cultural llevada a cabo por los *mass media*, la reconversión de marcas y productos globales y la normalización de los modos de consumo tienden a desdibujar las expresiones comunitarias singulares. A la par, el mismo proceso puede inducir la llegada de movimientos de reafirmación de las identidades culturales, recuperación de tradiciones e incluso resignificaciones de las prácticas locales. En cierto sentido, la idiosincrasia puede ser una cartografía en la que se tensionan integración global versus defensa de lo común.

Los territorios urbanos son espacios propicios para el análisis de los cambios; son, en la mayoría de los casos, los que llevan a cabo las intervenciones relativas a la renovación urbana, a la gentrificación o a la turistificación, todo ello tal y como se ha comentado y analizado en la sección anterior. Las renovaciones, por su parte, alteran las bases sociales, los soportes simbólicos o cualquier otra manera de fundamentar la identidad comunitaria. La llegada de nuevos grupos sociales, las variaciones en el uso de los espacios o los cambios en los paisajes hacen que los espacios asignen nuevos sentidos: aquel lugar, antes delimitado, ahora viene a corresponder con un signo de pertenencia y, en algunos casos, incluso con una mercancía o un atractivo turístico. Por lo general, las comunidades repelen este cambio promoviendo estrategias de resistencia o modificación, manteniendo ciertos ritos, prácticas o formas espaciales como anclaje de la memoria o como herramienta para la cohesión social.

Simultáneamente, los cambios tecnológicos y las nuevas formas de comunicación expanden los marcos de interacción y, a su vez, redefinen las fronteras de lo comunitario. La virtualización de las interacciones y la aparición de comunidades

digitales dan lugar a nuevas formas de lo comunitario, donde la identidad se construye por afinidades simbólicas y no por pertenencias a tal o cual espacio físico. Estos nuevos marcos de lo comunitario desafían nuestras nociones de comunidad pero, por otro lado, despliegan a la vista la capacidad de los grupos humanos para producir sentido compartido aunque sea en un *espacio desmaterializado*.

Las tensiones que pueden explicarse a partir de una idiosincrasia comunitaria también pueden explicarse desde una visión de poder. No todas las prácticas, ni todos los símbolos, tienen la misma legitimidad; hay unas prácticas que pueden ser presentadas como representativas de *lo local*, y hay otras que pueden ser invisibilizadas o marginadas. La elección de qué se conserva, de qué se muestra y de qué se olvida es, en última instancia, una cuestión política. En tiempos de desigualdad, las idiosincrasias dominantes tienden a desplazar a las subalternas, generando una determinada jerarquización cultural en su interior. Por todo ello, reconocer que dentro de una misma comunidad hay múltiples idiosincrasias es un paso fundamental para seguir avanzando en el complejo entramado social que la conforma.

Finalmente, los procesos contemporáneos invitan a considerar la idiosincrasia comunitaria como un proceso abierto, negociado y siempre en re-creación. Las comunidades nunca solo se resisten a los cambios que vienen de fuera; siempre los reinterpretan, y cuando lo hacen generan nuevas síntesis entre tradición e innovación. En esta forma de adaptación está la vitalidad de la idiosincrasia: la idiosincrasia no es una herencia conservada, sino una práctica viva que conecta el pasado con el presente, la memoria con el proyecto, la identificación con el devenir.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1979). *La distinction: Critique sociale du jugement*. Paris, France: Les Éditions de Minuit.
- (Traducción en español: Bourdieu, P. (1988). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, España: Taurus.)
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI Editores.
- Castells, M. (1996). *The rise of the network society*. Oxford, UK: Blackwell.
- Durkheim, É. (1912). *Les formes élémentaires de la vie religieuse: Le système totémique en Australie*. Paris, France: Alcan.
- Erikson, E. H. (1968). *Identity: Youth and crisis*. New York, NY: W. W. Norton & Company.
- Foucault, M. (1971). *L'archéologie du savoir*. Paris, France: Gallimard.
- González-Piñero, M. (2021). *La innovación en la gestión de la cultura*. Editorial UOC.
- Gramsci, A. (1971/2008). *Selections from the Prison Notebooks* (Q. Hoare & G. N. Smith, Eds. & Trans.). New York, NY: International Publishers.
- Hall, S. (1990). Cultural identity and diaspora. In J. Rutherford (Ed.), *Identity: Community, culture, difference* (pp. 222–237). London, UK: Lawrence & Wishart.
- Freud, S. (1923). *The ego and the id*. London, England: Hogarth Press.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Oxford, UK: Blackwell.
- Hester, R. T. (2006). *Design for ecological democracy*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Jung, C. G. (1959). *The archetypes and the collective unconscious*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*. Paris, France: Anthropos.
- Lévi-Strauss, C. (1962). *La pensée sauvage*. Paris, France: Plon.
- Pérez Ruiz, M. L. (2003). *Patrimonio cultural oral e inmaterial. Una visión general*. Secretaría de Cultura, México.
- Silva Téllez, A. (1992). *Imaginarios urbanos*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

Sassen, S. (1991). *The global city: New York, London, Tokyo*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Wirth, L. (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology*, 44(1), 1–24.